

---

Ildefonso Marqués

## La crisis de la socialdemocracia, ¿qué crisis?

Ignacio Urquizu. Madrid: La Catarata, 2012, 158 pp.

Desde la transición democrática, España ha contado con importantes teóricos y científicos sociales que, más allá de profundizar en determinadas áreas de investigación, han ahondado en el papel que debía cumplir el socialismo y la socialdemocracia en las sociedades contemporáneas. Ignacio Urquizu es un sociólogo especializado en sociología política que ha estudiado las elecciones españolas y las relaciones entre sociedad y economía además de otras temáticas. No obstante, siguiendo la estela de otros investigadores como Elías Díaz, Ludolfo Paramio y José María Maravall, también ha analizado el rol actual de la socialdemocracia.

En su libro *La crisis de la socialdemocracia, ¿qué crisis?* Urquizu trata de responder a la problemática surgida en torno a la sempiterna crisis de los partidos socialdemócratas. Para ello, estudia los programas electorales de más de 30 partidos durante 70 años. La fuente que emplea el autor es la base de datos del *Manifesto Project* que, como se sabe, mide las preferencias políticas de los partidos políticos desde 1945 hasta la actualidad a lo largo de las más dispares geografías. Hay que tener en cuenta que este libro se sitúa en un punto equidistante entre el ensayo de divulgación y el artículo científico. De él puede decirse que puede ser leído por un público amplio. Ahora bien, esto no obsta para que sea una labor de potente sociología empírica. No obstante, se relegan las técnicas de análisis estadístico más complicadas al anexo en aras de una mayor sencillez en su lectura. Del mismo modo, las notas se ubican al final de cada capítulo. De hecho, podría decirse que este libro viene a sumarse al debate público con las armas de la ciencia social informada. En este sentido, dado el exceso de argumentos sin contraste empírico que, en ocasiones, se instala en la discusión pública, este es un libro necesario.

Su conclusión es clara: la socialdemocracia no está en crisis o, mejor dicho, no lo está en mayor medida que otros periodos de su historia. No obstante, un peligroso nubarrón puede sacudirla y, con ella, llevarse a la misma democracia. La línea central de este libro es *grosso modo* la siguiente: la desconfianza respecto a las instituciones representativas de la democracia ha sido de tal envergadura e intensidad que hemos acabado cediéndole cada vez mayor parte de nuestra soberanía a una serie de técnicos que están decidiendo por nosotros. Las instituciones *contra-mayoritarias*, como el Banco Central Europeo, han proliferado tanto, que los ciudadanos tienen cada vez menos que decir con su voto. En este contexto, a medida que hemos ido perdiendo soberanía, y cediéndola a este tipo de instituciones, la socialdemocracia, que sustentaba su política económica sobre principios *neokeynesianos* y en la existencia de un elevado gasto público en momentos de recesión económica, ha visto reducido su radio de actuación. La salida de la socialdemocracia y, por ende, de la democracia reside, entonces, en un retorno a la confianza en el pueblo y a su capacidad de autogobierno. A una renovada capacidad en la democracia como mecanismo para resolver los problemas. Estas ideas están muy cercanas a los argumentos defendidos por otro científico social español, Ignacio Sánchez-Cuenca, que señala que “el principio de autogobierno [...] constituye una base sólida desde la que rechazar las limitaciones que imponen las instituciones contra-mayoritarias (Sánchez-Cuenca, 2010: 193).

Este libro se divide en cuatro secciones. La primera es una introducción y la segunda es un análisis sobre la historia de la socialdemocracia. Se advierte que la socialdemocracia siempre se ha hallado en crisis debido a la constante evaluación crítica que hace de sí misma. Desde sus mismos orígenes ya los partidos socialdemócratas fueron acusados por una fracción de dentro de ellos de traición para con la clase obrera. En este capítulo, Urquiza sintetiza los instrumentos y logros históricos de la socialdemocracia de una forma especialmente brillante. Cabe resaltar la fase de renovación que han de sufrir los partidos socialdemócratas en la década de los setenta, tras las dos crisis del petróleo. Es bien sabido que a partir de esta fecha, las socialdemocracias europeas empezaron a considerar que, entre sus finalidades, se hallaba la modernización de su oferta económica. Si bien durante *Le Trente Glorieuses* (1945-1973) su principal cometido había consistido en el reparto del crecimiento económico, tras un periodo largo de estancamiento, sus presupuestos empezaron a ir encaminados tanto a la creación de riqueza como a su reparto. Como es obvio, esto trajo ineludiblemente la toma de una serie de elecciones que los socialdemócratas no se habían planteado con anterioridad. Según Iversen, la izquierda tuvo que elegir, entonces, entre un número creciente de desempleados pero con una alta igualdad social o, viceversa, aumentar la desigualdades a cambio de aumentar el porcentaje de personas que trabajan.

A partir de esta fecha, algunos de sus defensores han considerado que el socialismo se ha transfigurado hasta tal punto que no se reconoce a sí mismo y reclaman una vuelta a sus orígenes. Sus esencias no serían otras que la erradicación gradual del sistema capitalista. Hay que recordar que nuestro país no escapó a este debate. Tras la transición democrática, en el periodo denominado como “el desencanto”, la socialdemocracia española fue criticada por haber abandonado sus ideales de autogestión, de nacionalización y de haber

abandonado sus raíces marxistas. Para acceder al poder se plegó, según algunos, ante el imperialismo y ante la democracia burguesa adoptando posturas tecnocráticas. Esta es la tesis defendida por Juan Antonio Andrade en su análisis del PSOE y el PCE durante la transición democrática. Algo similar se le atribuye al mismo partido comunista cuando abandonó el leninismo al objeto del mantenimiento del consenso democrático y la gobernabilidad. Así, Andrade escribe que “en el nuevo discurso de la “modernización” del PSOE buena parte de los problemas del país dejaron de expresarse en términos de intereses sociales contrapuestos que exigían una toma de partido para ser concebidos como problemas resolubles en virtud de la pericia técnica” (Andrade, 2012: 408).

El capítulo tres del libro trata de la política económica de la socialdemocracia. Aquí, se señala que mientras que las políticas de oferta económica de la socialdemocracia han ido encaminadas a la mejora de la productividad (invirtiendo en capital humano y físico), en el caso de los gobiernos conservadores, estos han preferido dejar a la empresa privada el encargo de aumentar la inversión y, para ello, se han reducido los servicios públicos.

El capítulo cuarto versa sobre el estado del bienestar. En este capítulo se demuestra que los partidos socialdemócratas no cambian sus programas atendiendo a las transformaciones acaecidas en el campo político sino en el económico. Suelen pedir más protección para los ciudadanos ante un aumento de la desigualdad y frente a un mayor incremento en la apertura económica de sus países. En esta sección, se echa de menos una mayor atención a los regímenes del bienestar mediterráneos. Dado que la investigación reciente ha verificado que estos Estados comparten un conjunto de características bien diferenciadas de los regímenes del bienestar nórdico, continental y anglosajón, hubiera ayudado a comprender mejor las peculiaridades de la socialdemocracia española (Rhodes, 1999). En este mismo capítulo, el autor muestra que las políticas del neolaborismo británico, en efecto, supusieron un desplazamiento hacia el centro político. El autor muestra como prueba que en su programa político se produjo una reducción de las menciones sobre el Estado del bienestar.

Pese a que, a nuestro juicio, el autor acierta en su crítica a las *instituciones contramayoritarias*, no creemos, en cambio, que una mayor democratización de la esfera pública desencadene ciertos efectos no deseados que deberían contemplarse y que debería haber sido discutidos en este libro. Si bien es cierto que el temor al populismo ha traído consigo un aumento de la tecnocracia en todas sus formas, no es menos cierto que los partidos políticos se han introducido en multitud de áreas colonizando espacios propios de la sociedad civil. Hay que tener en cuenta que lo que señala para Grecia Petmesidou vale también para España (1991). La tardía industrialización y el vertiginoso paso de una sociedad agrícola a otra de servicios paralizaron el desarrollo de una administración legal racional en nuestro país. De ahí, que ante la ausencia de una esfera de este tipo, los partidos políticos se han apropiado una multitud de tareas. Especialmente, en el área de científica, cultural y educativa esta influencia ha sido, en ocasiones, perniciosa. So pretexto de llevar la democracia a nuevos ámbitos, muchos campos han perdido grandes dosis de autonomía. El literato y político André Malraux intentó democratizar la cultura creando las *Maison de la Culture*, no obstante, en su mente no albergó nunca la posibilidad de que las culturas populares,

débilmente escolarizadas, no comprendían el arte moderno. Tampoco pensó que ellas mismas gozaban de expresiones culturales dignas de exhibición pública. Asimismo, no podemos olvidar que la búsqueda de estabilidad en las decisiones políticas no ha de considerarse un ejercicio de falta de democracia, más bien, en algunas ocasiones, lo es de madurez. Siempre, eso sí, que las democracias se doten de mecanismos para revocar sus medidas. Podemos hacer mención a la acusación que Madison confirió a Jefferson cuando defendió este que las constituciones deberían de renovarse cada veinte años (Shklar, 74). Rosanvallon llama a este efecto paradójico que refuerza las democracias la *contra-démocratie* (2006).

Por último, hay algo en este libro que me gustaría resaltar. Urquizu insiste a lo largo de todo el libro y le recuerda insistentemente al lector que la redistribución es el mecanismo básico de las políticas socialdemócratas. Esto exige marcar distancias claras con las políticas destinadas a igualar las oportunidades. Quizá la principal diferencia entre los socialdemócratas y socialliberales en la actualidad resida en este punto. Los primeros han hecho una apuesta clara por la igualdad de oportunidades y denigran la igualdad de resultados. Consideran que en las sociedades industriales avanzadas, la universalidad y gratuidad de la enseñanza son medidas que han dado la posibilidad de progresar a todo aquel que se haya esforzado. Incluso algunos como Friedman y Nozick consideran que la desigualdad es una fuente de motivación. Encuentro un punto coincidente de Esping-Andersen (2010) con Urquizu cuando señala que la igualdad de oportunidades no es posible si no existe una cierta igualdad de resultados (2010). La igualdad de oportunidades y la movilidad social que propugnan los liberales no pueden entenderse sin la existencia de una política fiscal que reduzca las rentas de los más ricos y pobres. Esto solo es posible si se aumenta el nivel más bajo de la sociedad con el salario mínimo y el seguro de desempleo. En definitiva, *La crisis de la socialdemocracia, ¿qué crisis?* ratifica el interesante trabajo que desde hace algunos años realiza Ignacio Urquizu, un sociólogo cuyos trabajos merecen ser leídos con atención.

### Referencias

- Andrade, J. A. 2012. *El PCE y el PSOE en (la) transición*. Madrid: Siglo XXI.
- Rosanvallon, P. 2007. *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: El manantial.
- Esping-Andersen, G. y Palier, B. 2010. *Los tres grandes retos del Estado del bienestar*, Barcelona, Ariel.
- Petmesidou, M. 1991. "Statism, Social Policy and the Middle Classes in Greece", *Journal of European Policy* (1), 1.
- Rhodes, M. 1996. "Southern European Welfare States: Identity, Problems and Prospects for Reform", *South European Society and Politics* 1: 3, 1-22.
- Sánchez-Cuenca, I. 2010. *Más democracia y menos liberalismo*. Buenos Aires: Katz.
- Shklar, J. *The Boundaries of Democracy. American Social and Political Thought*. Edits. Andreas Hess. New York. New York University Press.